

torpezal Sí; la veré en cuanto vuelva á México.... Mañana mismo, y al oirme, se convencerá de mi inocencia, y me perdonará.

—¿Conque vd. ignoraba....

—Todo.... todo lo ignoraba. ¿Y dónde vive esa jóven?

—Nadie sabe á dónde se haya mudado.

—¿Pues no dijo vd. hace un instante que su casa estaba enfrente á la de vd?

—Sí señor; pero desde la noche del pronunciamiento de los *polkos* desapareció.

—¿Ella?

—Sí, señor amo.

—¿Y despues?

—No ha vuelto á ella, ni se ha tenido razon de á dónde se ha ido.

—Pero ¿á nadie le dijo á dónde se iba?

—A nadie.

—¿Ni nadie tampoco la vió marcharse?

—Eso sí.

—¿Y quién?

—Varios vecinos.

—Pues ellos sin duda sabrán en qué sitio se encuentra.

—No señor.

—Pues qué, ¿ninguno de ellos la acompañó?

—Ninguno.

—¿Es decir que se marchó sola?

—Eso no.

—¿Cómo!

—La vieron irse con un caballero muy bien puesto.

—¿Con un caballero!—Exclamó Nuñez, herido profundamente por una emocion profunda que le oprimió el pecho; emocion horrible de pena y de dolor, nacida de la fatal creencia que cruzó de repente por su imaginacion de que Adela amaba á otro... que se habia olvidado de él.... ¿de él que aún la amaba! ¿de él que no la habia olvidado un solo instante. Sin embargo, Nuñez no se atrevia á culparla.—¿No soy yo, pensó para sí—culpable de ese cambio en su corazón? ¿No la ví cariñosa y tierna conmigo, indicarme la casa en que vivia, y por la cual jamás volví á pasar, engañado por el nombre de Soledad que llevaba? ¿No ha tenido mil motivos para creerse herida por mi conducta que, aunque leal y noble de mi

parte, á ella le debe haber parecido incalificable, puesto que no debia dudar de que yo sabia que era Adela, la misma Adela que juró ser mia hasta la muerte? ¡Oh! sí.... yo soy el que debo aparecer culpable á sus ojos, y no ella á los míos....! La noche del concierto, cuando apoyada en mi brazo la ví esperar una palabra de cariño, ¿no permanecí mudo á su lado, y la conduje á la sala manifestando la mas alta indiferencia? ¡Ah! sí.... ¡yo he desgarrado, sin saberlo, aquel corazon tierno, cuya fidelidad no tengo derecho á reclamar, puesto que cometí la torpeza de no leer en la dulce y expresiva mirada de Soledad, la irresistible de mi idolatrada Adela!

Y Nuñez quedó abrumado con aquel pensamiento.

El hombre del bajo pueblo, que ignoraba lo que sufría el corazon del artista, dijo viéndole meditabundo.

—Parece que la noticia que he dado á su merced, señor amo, le ha sorprendido.

—Sí, mucho:—dijo Nuñez tomando un

aire mas resignado.—Pero ¿está vd. seguro de que se fué con un caballero?

—Segurísimo.

—Y, ese caballero, ¿quién era?

Preguntó con ansiedad Nuñez.

—Como era de noche, nadie le vió el rostro.

—¿Y nadie le siguió para conocerle?

—¿Cómo quiere su merced que le siguieran, cuando se fué en coche con la señorita?

—¡Oh!—Exclamó Nuñez afligido—¡la ingrata no era digna del amor vehemente, incommensurable de que era objeto, no.... ¡La mujer que ama de veras, no puede admitir el amor de otro hombre, aun cuando crea infiel á la persona á quien entregó entero su corazon! ¡No.... Adela no era digna de ese acendrado cariño... de esa especie de culto con que era amada! Y sin embargo....

Nuñez iba á decir que sin embargo la amaba aún mas que cuando la juzgaba fiel y sufriendo, padeciendo por su amor; pero se contuvo por no dar á conocer su secreto á quien no podia comprenderle, y dejó caer

la cabeza sobre el pecho con el mas profundo abatimiento.

—Ya veo que por lo que he dicho, se ha puesto triste su merced:—dijo el hombre del pueblo.—¿Es algo de su merced acaso, la señorita Adela?

—Sí;—contestó Nuñez sin poder reprimir por mas tiempo los sentimientos de su alma.—Es mi vida, mi aliento, mi gloria, mi consuelo y mi dicha. ¡Sin ella no hay felicidad para mí, ni hay paz, ni alegría, ni esperanza!

—Pero si su merced llega á saber dónde se halla....

—¿Y qué me importa ya saber dónde se encuentra?

—¿No?

—¿No me acaba vd. de asegurar que se marchó con otro caballero?

—Sí, señor amo.

—¿Y no preba eso que su corazon es de ese hombre, y no mio?

—¿Quién sabel!

—¿Cómo! ¿duda vd?

—¿Y por qué no?

—¿Luego sospecha vd. quién fué por ella.

—No, señor amo; pero tengo una razon para creer que no era su amante.

—¿Cuál?—Preguntó Nuñez con ansiedad, y concibiendo una esperanza.

—Que nunca la visitó ninguno.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Cómo lo sabe vd?

—Porque lo hubieran dicho los vecinos, sospechando que se hubiese marchado con él.

Esta observacion le pareció muy lógica á Nuñez; pero no le satisfizo enteramente.

Amaba con todas las veras con que ama el alma por primera vez, y aunque la noticia de que nadie la habia visitado, halagaba su amor propio, y le tranquilizó algo el corazon, sin embargo, no llenaba todo su anhelo.

—Pues si nadie la visitaba—exclamó dudando de la inocencia de Adela—¿cómo fué ese hombre por ella?

—Porque tal vez fué enviado por el vir-

tuoso sacerdote, que la socorria en sus necesidades y miseria.

—¡Será posible!—Exclamó Nuñez, sintiendo aligerarse su pecho de la opresion aguda que le quitaba la respiracion.—¡Habia un ministro del Señor que la socorria?

—Sí señor; un sacerdote muy bueno, como le dije á su merced antes; un santo; su mismo confesor.

—¡Cielos! ¡qué ventura!

—Y ese padrecito, sepa tal vez dónde vive; y con irlle á ver y preguntarle....

—¡Ah! tiene vd. razon.—Dijo Nuñez, con cibiendo una esperanza.—¿Y vd. conoce á ese sacerdote?

—Sí, señor amo.

—¿Cómo se llama?

—El padre Enrique.

—¡El padre Enrique! ¡Ah! le conozco mucho. Iré á verle, sí; le preguntaré por ella, y Dios tal vez permitirá que terminen mis penas.

—Yo le acompañaria á su merced, señor amo; pero como me vine á este pueblito con mi familia, y vivo de acompañar á los via-

jeros, que de cuando en cuando vienen á visitar esta Caverna, no puedo alejarme.

—No, no hay necesidad; yo sé dónde vive y nada me ocultará. Pero salgamos inmediatamente de aquí, que quiero montar á caballo y ponerme al instante mismo en marcha para México.

—Está muy bien, señor amo.

Nuñez cerró el cuaderno, tomó el hacha, y se dispuso á salir de aquella sala, cuando llamó su atencion una cosa estraña que se movia.

Era una estalagmita como de una vara de ancho que empezaba á formarse, y que iba levantándose poco á poco del suelo como la tapa de una caja.

—¿Qué vé su merced con tanta atencion, señor amo?

Dijo el guía notando la actitud de Nuñez.

—¿No ve vd. levantarse poco á poco aquel trozo de piedra?

—En efecto;—contestó el interrogado poniéndose pálido, y erizándosele el cabello.—¡Huyámos!... tal vez sea el leopardo ó la

serpiente de cascabel que se han presentado ya dos veces á los viajeros.

—¿Y vd. dá crédito á ese cuento inventado por los que siempre quieren dar á la relacion de sus viajes algo de terrible y de maravilloso?

—No mucho; porque la verdad yo nunca me he encontrado con huéspedes de esa naturaleza. Pero ¿no advierte su merced que la piedra se va levantando cada vez mas?

—Sí; pero silencio.... Apaguemos los hachones, porque me parece haber visto el resplandor de una luz asomar por debajo de la estalagmita.

—Dice bien su merced; ahora lo veo perfectamente.

El guía apagó las hachas, y todo quedó en la mayor oscuridad.

Núñez, conteniendo la respiracion y preparando una pistola de seis tiros, tenia fijos los ojos en la movable estalagmita.

De repente la cabeza de un hombre asomó por la especie de tapa que se habia levantado, y miró hácia todas partes.

El corazon del guía tembló de pavor creyendo que era algun ser maléfico, duende ó trasgo que salia del averno.

Asombrado y sobrecogido de terror iba á dejar escapar una exclamacion; pero Núñez le tapó la boca, y agarrándole del brazo le llevó detras de una columna donde se quedaron ambos en observacion de lo que pasaba.

La cabeza fué asomando cada vez mas; luego se dejó ver medio cuerpo; y por último un hombre salió de debajo de la estalagmita.

Núñez quedó sorprendido al verle, y en su rostro se pintaron las señales de la indignacion y del ódio.

—¡Es él!..

Dijo para sí, y acarició en sus manos la pistola.

El hombre que acababa de salir, despues de mirar hácia todas partes, se inclinó sobre la boca del agujero por donde habia llegado, y pronunció con voz fuerte un nombre.

A poco se vió iluminar el hueco de la trampa por la luz que del fondo de la tier-

ra se elevaba. El hombre se inclinó un poco mas, metió el brazo por el agujero, tomó un hachon que le daba algun otro personaje que Nuñez no podia ver, articuló algunas voces de despedida, dejó caer de golpe la tapa, y en seguida, provisto de la luz, se encaminó con direccion á la salida de la Caverna.

Nuñez y su guía dejaron el escondite, y echaron á andar de tras de él, favorecidos por la opaca luz de su hacha.

El nuevo personaje que era corpulento y de hereúlea musculatura, iba armado de espada y de puñal.

Nuñez que parecia dominado de una idea fija, mandó al que le acompañaba que se quedase un poco atras, hasta que le llamase; el mozo obedeció; se sentó sobre una estalagmita, y Nuñez encendió una de las hachas, la tomó en la mano, y se adelantó á paso veloz hasta ponerse á distancia de tres varas del individuo á quien seguia.

Este, bien ajeno de pensar que era observado tan de cerca, marchaba descuidado y aprisa como quien está familiarizado con el terreno que pisa, sin fijar la atencion en

ninguno de los objetos que á su paso encontraba.

No bien habia penetrado en el contiguo salon de los monumentos colosales que dejamos descritos, pasando por un tránsito curvilíneo en su planta, cuando Nuñez, dando un salto, se colocó á su lado pronunciando su nombre.

El sorprendido personaje dió un paso en direccion opuesta á la que le hablaban, y echando mano á la espada exclamó sin poder distinguir, á causa de la mezcla de sombras y de opaca luz que envolvian la estancia, las facciones de su adversario.

—¡Un asesino.... un traidor!

—En su justicia el Señor
ha dispuesto que este dia,
ceda, ó sufra muerte impía
un asesino, un traidor.

—¡Nuñez!

Exclamó aterrado aquel hombre, reconociendo por la voz á su temible contrario.

—Sí, señor Duval.... Soy Nuñez; el an

tiguo mendigo á quien la fortuna ha conducido á este sitio para favorecer la inocencia, ó purgar la tierra de un infame que deshonra á la humanidad.

—Me ha vendido algun perjuo por el oro que vd. le ofreceria para descubrir donde me hallaba.

—No; la Providencia es la única que ha querido poner término á vuestras maldades. Sí; la Providencia puso en mi corazon el deseo de conocer esta Caverna, y al visitarla como un simple artista buscando distraccion á mi pena, estaba bien ageno de pensar que encontraria en sus profundos antros al falsificador de firmas, al carcelero de Ricardo, y al que trató de asesinar á D. Manuel.

Duval concibiendo la idea de quitar la vida al que de otra manera podria perderle, miró hácia todas partes para ver si álguien le acompañaba.

No descubriendo á nadie, porque, como hemos visto, el guía se habia quedado por órden de Nuñez muy atras, creyó fácil des-

hacerse alevosamente de su contrario, y su pecho respiró con libertad.

El jóven artista, juzgando que buscaba un sitio por donde huir, añadió:

—En vano mira vd. por todas partes. Ya no puede vd. escaparse de mis manos: conozco el sitio por donde vd. ha salido; le he visto alzar la tapa de la cueva, y la hora de la justicia ha sonado.

—Sí, dice vd. bien;—exclamó Duval rechinando los dientes de rabia:—la hora de la justicia ha sonado; estamos solos.... los crímenes del falsificador, del carcelero y del asesino, están pidiendo otro crimen: la muerte del miserable que trata de descubrirlos.

Y al pronunciar estas palabras se arrojó con la velocidad del rayo, y blandiendo el agudo puñal, sobre Nuñez, quien no teniendo tiempo para sacar la espada, paró los primeros y terribles golpes con el cuaderno, retrocediendo de su furioso enemigo que, con los ojos encendidos por la ira y enrojecidos por la siniestra luz que arrojaba el hacha que llevaba en la mano izquier-

da, parecia la diosa de la Discordia y madre de la Destruccion, anhelando saciar su sed de venganza y de exterminio.

Nuñez, á pesar del peligro inminente en que se encontraba, no quiso llamar á su guía que, retirado de aquel salon, ignoraba lo que estaba pasando.

Tenia demasiado valor y amor propio para dar lugar á que se atribuyese á cobar día cualquiera de sus actos, y prefirió arrostrar todas las consecuencias de aquella lucha desigual, á la idea del deshonor que podria resultarle de haber pedido auxilio combatiendo contra un hombre solo.

Confiando en la superior agilidad que reconocia sobre su contrario, dió un salto hácia atras sin volver la espalda, arrojó la téa que llevaba en la mano y que entorpecia sus movimientos, y antes de que Duval avanzase lo que él habia retrocedido en un instante, logró sacar la espada, y esperó ya tranquilo á su furioso antagonista.

Duval dejó escapar una terrible maldicion al encontrar á su contrario dispuesto

á recibirle, y conociendo que el puñal era ya inútil, echó á su vez mano de la espada.

Conocia muy bien la superioridad de su enemigo en el manejo de aquella arma; pero era ya imposible retroceder.

No le quedaba mas arbitrio que entregarse en poder de Nuñez, ó de luchar con él hasta matarle ó morir.

Lo primero era humillante para su altivo corazon. Optó, pues, por lo segundo, y no titubeó en atacarle con un ímpetu y energia, que hubiera desconcertado á cualquiera otro que no hubiera sido el diestro y sereno Nuñez.

—¡Oh! ¡va vd. á morir á mis manos!

Exclamó el sócio de Willey, tirando furibundas y repetidas estocadas.

—¡Se olvida vd. de la plazuela de San Lázaro y de la facilidad con que sé desarmar á mis competidores?

Contestó Nuñez, parando con facilidad los golpes, y sonriendo con una sangre fria, que aumentaba la rabia de su contrario.

—Pero hoy mi mano está mas segura y preparada.

Exclamó Duval. Pero aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando vió saltar la espada de su diestra, y caer á larga distancia á un diestro golpe de su antagonista, que le puso la hoja de la suya al pecho, diciéndole:

—Está vd. desarmado y soy dueño de su vida. Cuando se arrojó vd. sobre mí como un vil asesino para herirme alevosamente, pude con una voz mia hacer venir en mi socorro quien sujetase á vd. como á un frenético; pero no lo hice, porque quise probarle á vd. que soy noble y generoso con mis enemigos.

—Bien; ¿qué quiere vd. hacer de mí? ¿qué intenta vd?

—Salvarle á vd. aún.

—¡Salvarme!

Dijo Duval sonriendo burlescamente y con acento incrédulo y algo irónico.

—Sí, salvarle, por mas que dude vd. de mi generosidad. Yo puedo en este momento descubrir á la justicia el subterráneo de que le he visto á vd. salir, y en donde á mi entender está encerrado el desgraciado

amante de Inés: puedo, por lo mismo, denunciar á vd. como falsificador de firmas y como asesino, sin comprometer la vida del hombre con la que hasta ahora me habia vd. amenazado; puedo, en una palabra, perder á vd., sin temor de recibir daño alguno; y sin embargo, no quiero perjudicarle; mi corazon se resiste, sin saber por qué, á dar ese paso que sería la sentencia de su muerte.

—Pero estoy seguro que para usar de esa generosidad que me sorprende, me impondrá vd. alguna condicion.

—Una sola.

—¿Cuál?

Núñez sacó su cartera, y presentándole un lápiz y señalándole una hoja, le dijo.

—Escriba vd. aquí que se me entregue en el acto al preso Ricardo.

—¡Oh! ¡imposible!

—En ese caso lo conseguiré llamando á la justicia que penetrará en el subterráneo, y que á pesar de mi anhelo por salvar á vd., le conducirá á una prision.

Duval comprendió toda la fuerza de aque-

lla observacion, y se puso á meditar lo que hacer debia.

—He dicho á vd.—continuó Nuñez—que estoy acompañado; y á una voz que dé, acudiré mi guía y partiré á dar aviso á la autoridad, mientras yo me quedaré aquí custodiando á vd.

Duval reflexionó que lo mas prudente era obsequiar el deseo de su contrario.

Nuñez iba, en efecto, á llamar en alta voz al que le habia acompañado, pero Duval, viendo que lo iba á perder todo si no accedia en el instante mismo, exclamó:

—Bien; no llame vd. á nadie; escribiré la orden.

—Perfectamente. Aquí tiene vd. el lápiz y el papel.

—Solo quisiera que agregase vd. á su favor, otro no menos importante, que se lo agradeceré en el alma.

—Estoy dispuesto á ello.

—Que exija vd. de Ricardo un sepulcral silencio con respecto á este asunto.

—Se lo ofrezco á vd. bajo mi palabra de

honor, y se lo pediré en nombre de su adorada Inés.

—Bien. Por mi parte prometo tambien abandonar dentro de breves dias este país, donde ya no podria vivir sino en continuo temor y sobresalto.

—Es el paso mas acertado que puede vd. dar.

—Precisamente mi visita al subterráneo, á donde va vd. á penetrar, no reconoce otro motivo que el de haber venido á disponer el arreglo de todo para emprender mi viaje á Europa.

—Lo celebro infinito.

—Pero, ¿y ese criado que ha venido con vd., no podrá descubrir á la autoridad el secreto y perderme?

—Me encargo de su silencio gratificándole largamente.

—Nada tengo que objetar.

Dijo Duval, y se puso á escribir.

Despues de haber concluido, le presentó el papel á Nuñez para ver si estaba á su satisfaccion.

—Está perfectamente.

Dijo el jóven artista guardando la cartera en el bolsillo.

En seguida llamó al guía.

Duval estaba disfrazado con su larga barba, sus grandes cejas, su cana peluca, y no temia ser conocido.

Al presentarse el hombre del bajo pueblo, le dijo Nuñez:

—Tengo que desempeñar un asunto, y va vd. á quedarse aquí cuidando á este caballero.

—Está muy bien.

Contestó el guía que iba armado de pistola y espada.

—Pero antes tengo que darle á vd. algunas instrucciones.

Y Nuñez le llevó á un lado, y le dijo en voz bajo algunas palabras.

Mientras el artista hablaba con su humilde guía, Duval, con ojo penetrante, examinaba á éste detenidamente, y concibió una esperanza que operó en su semblante un cambio completo.

Pensó que no le seria difícil sobornar á aquel hombre que iba á quedar custodián-

dole: que seria fácil inclinarle á su favor colocando en su mano alguna fuerte suma, y aun convertirle en contrario de Nuñez, á quien en tal caso podria aprisionar en el mismo subterráneo á donde se disponia á penetrar, y despojarle allí de la vida.

Esta idea halagó su corazon, y casi seguro de que se realizaria su pensamiento, esperaba con impaciencia el momento de quedarse solo con su rústico custodio.

Así se disponia á corresponder á la generosidad del jóven artista.

¡Le sentenciaba á muerte, cuando él le acababa de perdonar por cuarta vez la vida.

Nuñez, despues de haber hablado en secreto con el que le habia servido de guía, añadió en alta voz.

—Le he dicho á vd. lo que debe hacer; pero al mismo tiempo le ordeno que al menor movimiento que haga, á la mas insignificante señal que indique que trata de huir, dispare vd. sobre él las pistolas.

—Así lo haré, señor amo.

—Lo veremos:—dijo para sí Duval:—las

balas de plomo cederán, estoy seguro de ello, á las de oro con que pienso combatir.

Nuñez, impaciente por desempeñar pronto su comision y volver en el instante á Méjico para preguntar al padre Enrique por la hechicera Adela, tomó una de las hachas, y preguntó á Duval:

—¿Cuál es la señal para que me abran la tapa del subterráneo?

El amigo del doctor, no queriendo hacer público el secreto, se acercó á su vencedor, y le dijo en voz baja lo que deseaba.

El jóven artista se despidió, y se dirigió hácia el salon de *los órganos*.

Duval le miró alejarse sin apartar de él la vista.

El vigilante custodio, con la pistola preparada, estaba pendiente hasta de los mas leves movimientos del personaje encomendado á su cuidado.

Este, al ver desaparecer entre las estalagmitas al que le habia vencido y perdonado, se propuso poner en planta el proyecto de ganar con oro á su centinela.

—Muy poco—le dijo—debe producir el

servir de guía á los que de tarde en tarde vienen á visitar esta Caverna.

—Casi nada, señor amo. Como que se pasa mucho tiempo para que venga algun viajero.

—Pues entonces, ¿de qué vive vd?

—Soy albañil, señor amo; y suelo hacer algunas obras muy ligeras en el pueblo.

—¿Y tiene vd. familia?

—Sí, señor amo; tengo á mi mujer y cuatro hijos.

—¿Y no aspira vd. á que sean felices, á que no vivan en la miseria, á que sean ricos?

—¡Ay, señor amo! ricos no pueden ser los que no encuentran proteccion.

—¿Es decir que vd. quisiera encontrar alguno que le diese la mano.

—¡Ojalá, señor amo! Pero ¿quién me habia de querer favorecer á mí?

—Yo, por ejemplo.

—¿Su merced!

—¿Y por qué no? ¿Quiere vd. ser rico?

—¿Cómo?

Duval, que vió despierta la ambicion de riquezas en el hombre encargado de su cus-

todia, concibió las mas lisonjeras esperanzas de atraerle á su servicio, y le expuso hábilmente lo que deseaba.

El humilde albañil escuchó asombrado las halagüeñas proposiciones que le abrian las puertas de la abundancia, y quedó reflexionando un momento.

—Ayúdeme ahora—pensaba para sí Duval—á triunfar de mi temible adversario, que despues fácilmente podré yo deshacerme de él.

Entre tanto Nuñez habia llegado á la tapa que cubria el subterráneo.

Ejecutó lo que Duval indicó era preciso hacer para penetrar en él.

Poco despues la estalagmita se levantaba y daba paso al jóven artista, que por una escalera de caracol descendia á otra caverna artificial, bien ageno de pensar que su vencido y perdonado enemigo proyectaba su muerte.

La tapa del subterráneo volvió á cerrarse.
¿Qué sucedió despues?

CAPITULO XVIII.

Tras el pesar la alegría.

Estamos en una sala decentemente amueblada: un elegante piano inglés de cola, ocupa uno de los costados: finísimas sillas, elegantes sofás, un espejo de cuerpo entero y varios cuadros de gran mérito, forman el adorno.

Junto al espejo y encima de la mesa en que descansa éste, se vé un quinqué de graciosa hechura, cuya clara luz ilumina la pieza.

Un jóven de arrogante presencia y vestido con elegancia y gusto, acaba de ponerse